

sufrimiento, en fin, de aquel gobierno fundado en Jesucristo, y nunca en respetos humanos. ¿Cuántas lágrimas derramaron sus ojos cuando tuvo que corregir al extraviado cordero, ó curar la herida abierta en el corazón de aquella oveja perdida...? ¡Ay! Hermanos míos. Mas de una alma se siente en estos momentos movida interiormente por la gracia y por los recuerdos del pasado...! Cuando el Ilustre y bondadoso Prelado se encontraba un corazón acostumbrado al vicio; cuando informado de las malas costumbres y de los peligros de muerte eterna á que estaba expuesto alguno de sus súbditos; y cuando habia apurado los resortes del convencimiento; entonces, siguiendo el ejemplo de su Divino Maestro, se repetia en su habitacion el tierno espectáculo del Cenáculo; ¡caía de rodillas ante el súbdito! lo estrechaba cariñosamente en sus brazos! y derramando lágrimas, pedia por la sangre de Jesucristo, la enmienda y la vuelta á la Casa de Dios! Todo un Padre de misericordia y un fiel Amigo se constituia de aquel nuevo pródigo....¹

¿Quereis conocer su prontitud en socorrer y el celo por salvar á los pueblos confiados á su pastoral cuidado? Ahí teneis, Señores, esas elocuentes Cartas Pastorales, que revelan su sabiduría, su valor civil, su vigilancia, y sobre todo, un basto conocimiento del corazón humano. Pero, si no fueren tan elocuentes estos testimonios, teneis sus lágrimas derramadas en su lecho de dolor, á causa de no poder seguir en sus tareas apostólicas, como deseaba ardentemente su corazón. ¿Cuántas veces fuimos testigos oculares de sus ansias y desvelos?

(1) S. Mat. cap. 18 v. 15.—Lucæ, cap. 15.

¿Cuántas ocasiones escuchamos de sus labios aquellas sentidas quejas unidas con sus lágrimas, para obtener de Dios las fuerzas necesarias y desempeñar con acierto aquel mandato divino: *Pasce oves meas?*¹ ¿Recordais, amados hermanos y compañeros en la Santa Visita, sus dulces consuelos, sus palabras edificantes, sus oraciones fervientes y sus grandes esperanzas de llegar á un dia, en que lograr pudiera derramar con profusion los auxilios espirituales en todo el país de su dilatada Diócesis? ¡Oh dias venturosos y de gratos recuerdos! ¡Oh momentos preciosos en que tuvimos la dicha de ir á esos pueblos felices con tan Ilustre Pontífice, y derramar en las heridas del pobre pecador el bálsamo de la caridad de Jesucristo! Habeis pasado como sombras fugaces que jamás volverán...! Pero, nos queda el dulce recuerdo de ese pasado y la memoria de nuestro Prelado jamás perecerá.

Si Señores: en el transcurso de doce años dos meses que el Illmo. Señor Obispo D. José Antonio de la Peña y Navarro gobernó esta Diócesis, no obstante su avanzada edad, sus enfermedades, y mas que todo esto, las persecuciones del liberalismo, llenó perfectamente los deberes de su conciencia y los de su sagrado ministerio. Hé aquí esta Santa Iglesia Catedral que ha recibido mil y mil testimonios de su piedad y munificencia; y sobre todo, este Cabildo Venerable, formado de personas que despues de Dios, á él deben lo que son y á su sombra fueron criadas sus reputaciones. Teneis tambien, como monumentos perpetuos de su amor á las letras, ese Colegio Seminario, en que mas de trescientos alumnos cifien su frente con el laurel de la ciencia; y

(1) Joan cap. 17.

del cual han salido los ministros que en su mayor número ocupan sus puestos, como fieles soldados de Jesucristo, en toda esta nueva Diócesis. Ahí están las parroquias del Poniente, favorecidas con la Santa Visita Pastoral; pero si quereis admirar sus trabajos, recorred, Hermanos míos, toda la Sierra de Michoacan; y cuando asombrados al ver tanta constancia en el confesonario, tanta caridad en los altares y tanto celo y vigor en el púlpito para corregir las costumbres de los Pueblos; entónces, pasad á las Parroquias de Amatlan, Apazingan, Los Reyes y Parácuaro, y le vereis á las altas horas de la noche, haciendo confesiones y confirmando á sus diocesanos. En suma: abrid los libros de todas las Parroquias, y encontrareis cerca de ciento cincuenta mil confirmados, que llorando á los piés del Pontífice perfeccionaron los sentimientos purísimos de su piedad y de su fé.

Mas, ¿adónde voy á terminar . . . ? ¿Quién podrá contar uno á uno los actos de virtudes, que formaron el mérito de este tan esclarecido Pontífice de la Iglesia Zamorana? ¿Quién á la vista de aquellos sufrimientos mortales que tuvo en sus últimos dias, no reconoce la pureza de su alma, la caridad para sus hijos, el celo de la Casa de Dios, la humildad y pobreza de su vida? ¿Pueblos de Tingüindin y Tarecuato! levantad vuestra voz, y aquí deponed como testigos oculares de lo que habeis visto en esos dias de desolacion y amargura, al tener la dicha de recoger los últimos suspiros del Illmo. Señor Obispo Dr. D. José Antonio de la Peña y Navarro.

¡Oh Señores! Reunid si podeis, todos los dones que Dios derramó sobre este siervo fiel y prudente desde su entrada al mundo, hasta el

momento de su viaje á las mansiones de la eternidad. Contad sus pobreza y trabajos, sus lágrimas y enfermedades, sus destierros y persecuciones, sus penitencias, ayunos y mortificaciones. Tomad todas estas obras, y unidas á las virtudes episcopales que atesoró para presentarse en su última agonía á Jesucristo; y deducireis esta verdad que me he propuesto demostrar: EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DR. D. JOSÉ ANTONIO DE LA PEÑA Y NAVARRO PRIMER OBISPO DE ZAMORA, FUÈ UN VARON ILUSTRE QUE OBRÓ EN SU LARGA VIDA TODO CUANTO ERA BUENO, RECTO Y VERDADERO EN ÓRDEN AL MINISTERIO DE LA CASA DEL SEÑOR, Y TODO LE SALIÓ FELIZMENTE. "Operatus est bonum, et rectum, et verum in universa cultura ministerii domus Domini et prosperatus est."

Hé concluido, Señores, mi honrosa mision cerca de vosotros: frente á frente de este monumento colosal, que nos hace pensar sériamente en la inconstancia de las cosas terrenas, creo haber levantado vuestro espíritu en alas de la santa esperanza, para que desde el humilde sepulcro en que habeis colocado los restos venerables del Dignísimo Obispo de Zamora, diviseis los fulgentes rayos de la inmortalidad y de la verdadera gloria: creo, tambien, haber justamente encontrado un modelo de virtud cristiana, digno de imitarse, no solamente por cada uno de los venerables ministros que acaban de ver, como á la luz del relámpago, las acciones de un Pontífice irreprochable, modesto y casto; sino tambien de cada uno de los fieles católicos, que por su vocacion de cristianos, deben practicar la virtud y aborrecer el vicio. En esto, nunca creí seguir otra senda distinta de la que con igual motivo siguieron los Padres de la Iglesia al llorar sobre los sepulcros de los varones ilustres, cuya

memoria será eternamente celebrada por todas las generaciones.

Si he conseguido mi objeto, creo haber llenado vuestros deseos, y haber pagado una deuda de mi corazón. Este túmulo y ese sepulcro me recordarán toda la vida que estoy huérfano, que murió el hombre mas querido de mi alma, el que me enseñó á amar la virtud, y á ser en sus trabajos y cuidados pastorales, un humilde compañero y el mas inútil de sus súbditos; por motivos tan justos y dignos, mis ojos bañados en lágrimas, y mi corazón destrozado por el dolor, digo con Jacob: *bajaré llorando al sepulcro*¹ y no tendrá consuelo mi alma, sino hasta el dia en que me una con mi amado Padre, mi querido Pastor y respetable Obispo.

Mas vosotros, Hermanos míos, llenos de amargura y transidos del dolor mas acervo, acercaos al trono del Rey de la gloria! ¡Inclinad con humildad vuestras frentes, y unidas con el polvo del sepulcro que guarda los preciosos restos del que fué vuestro primer Obispo, pedid con ferviente caridad el descanso eterno de su alma. Y vosotros, Venerables Sacerdotes, hijos predilectos de aquel amoroso Padre que lloró tantas veces en vuestros brazos, ya que en aquel dia tristísimo en que recibisteis sus restos, no pudieron vuestros lábios pronunciar una súplica en fuerza del dolor, ahora llenos de fé y caridad, decid al Señor para quien todo está vivo y presente, que tenga misericordia de su siervo y que le dé el sueño de paz; á fin de que premiadas sus virtudes y lleno de delicias inefables, diga con San Gerónimo:² mi muerte no es otra cosa que un apacible sueño en el seno del Señor: *In pace, et in ipsum dormiam, et requiescam.* AMEN.

(1) Genesis c. 37 v. 35.—(2) Cart. 29 ad Theod. viduam.

COMPOSICIONES CASTELLANAS Y LATINAS

CON LAS CUALES SE ADORNÓ

EL

CATAFALGO.

I.

FRENTE AL CORO.

¡Hijas de Sion! Cubrid vuestra cabeza
Con el manto de luto destinado
Para los dias de duelo..... la tristeza
Nuble las sienes vuestras que adornado
Flores hubieran de gentil belleza.
Ha el tiempo de las lágrimas llegado,
Mirad si nó de *Antonio* los despojos
Que llorando contemplan vuestros ojos.
J. G. N.